Irene Mala

Desalmados

Historias perturbadoras de crímenes reales



LUNWERG
EDITORES

Irene Mala

Desalmados

Historias perturbadoras de crímenes reales

LUNWERG
EDITORES

Índice

Prólogo 12

I Entre el cielo y la tierra 24
Ángeles caídos 27
Un caso sin resolver: Los tres de West Memphis 43
La nave 61

II Mi querido psicópata 74
Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa 77
Beautiful For Ever 84
Asuquiqui 95

III Asesinos en serie 104
Cuando matar es un deseo irrefrenable 106
Tsutomu Miyazaki: el asesino otaku 123
La jabonera de Correggio 133
Mom Didn't Love Me 145

IV Anexo 162
Hombres —y mujeres— lobo 165
Crímenes reales como entretenimiento 175

Agradecimientos 187

Prólogo

Sharon Tate

Alcalá de los Gazules, 1990

Los veranos de mi infancia siempre fueron buenos. Los recuerdo con cariño: eran sencillos, de una dulce y tranquila cotidianeidad, que la presencia de alguna prima o de algún primo volvía más amables aún. ¿Por qué es tan reconfortante estar con los primos? En muchos casos, son personas casi desconocidas con las que pasas poco tiempo, pero con las que sueles conectar de manera instantánea porque son *familia*. ¿Es que los genes se reconocen?

Parte de aquel año de 1990 lo pasé en Alcalá de los Gazules con mi tía Paca, mi madrina a la que yo adoraba, y sus hijas, que eran *más que primas* para mí: Míriam, con su gracia natural, que nos contaba esos cuentos tan divertidos, y Almudena, que ha sido el aglutinante que nos ha mantenido siempre unidos a todos los demás. En el pueblo vivía también mi tía Pepita con su familia numerosa. Me encantaba ir a su casa, tirar de la cuerdecita para accionar la campana y que te abrieran desde arriba. Al subir la empinada escalera, el primero que te recibía era Té, el perro con los pies más apestosos del mundo, y luego estaban mis primos, que eran algo mayores que yo: Mario, que no hablaba mucho, pero un día me dio un paseíto en su Vespa; Raquel, apasionada de las labores de costura; Estela, a quien le hacía mucha gracia que me subiera las gafas cuando resbalaban por de la nariz; Montserrat, tan misteriosa, bella y callada; y Rebeca, quien, de camino a La Alameda, además de pipas y chuches, se compró un día en el quiosco de prensa un ejemplar de *Sumario del crimen: El caso de Sharon Tate*. Hojeé el primer número de este coleccionable semanal, dedicado a los crímenes cometidos por la familia Manson, y el flechazo fue inmediato. Calculé el dinero que llevaba en el bolsillo y lo tuve claro: *necesitaba* comprarme mi propio *Sumario del crimen*. Días después, ya de regreso en La Línea, me recuerdo en la cocina de casa con mi madre y monotemática perdida: solo hablaba de cómo los miembros de «La Familia» habían asesinado sin escrúpulos ni cargo de conciencia alguno a un grupo de personas inocentes. Me impresionó, sobre todo, que hubieran sido capaces de torturar y acabar con la vida de una mujer embarazada de ocho meses. Nunca he

olvidado el nombre de Sharon Tate. Tampoco la expresión en la cara de mi madre mientras le contaba lo que había aprendido sobre aquella gente tan chunga ni cómo, al poco tiempo de llegar a casa, mi fascículo *desapareció* misteriosamente.

Podría decir que ese fue mi primer contacto con el *true crime* y también el momento en que, de una forma consciente y reveladora, llegué a la conclusión de que en el mundo había gente mala. Muy mala. Esta revelación quedó poco tiempo después más que consolidada con los crímenes de Alcàsser, que tanto revuelo y miedo generaron en las niñas de mi edad. En el mundo había gente muy mala y las mujeres no estaban a salvo en él.

> Me había propuesto no ocuparme más del famoso crimen; pero es imposible. ¿Cómo he de callar yo, si aquí no se habla de otra cosa, y es el asunto que absorbe todos los asuntos, y manantial inagotable de todas las conversaciones?
>
> Benito Pérez Galdós*

Es curioso que en cada entrevista relacionada con la creación de contenido de este tipo, los autores siempre digan lo mismo: «Es un tema que me apasiona desde pequeño». ¿Por qué nos gusta tanto el crimen? Las películas preferidas de mi padre, hombre recto y formal donde los haya, siempre han sido «las de tiros y puñaladas»; las de mi abuela, la rectitud personificada, «las policiacas»; y para mí, que soy incapaz de matar una hormiga —literalmente hablando—, nada le hace sombra a una buena novela negra o a un buen *thriller*. Y no, por muy novedoso que parezca, el género lleva en auge desde hace mucho tiempo. Siempre nos han gustado las crónicas de sucesos, las películas de juicios y los libros de asesinos. Y si, además, están basadas en hechos reales, más aún. Piensa en cómo autores y artistas de todos los tiempos se han inspirado en crímenes y sucesos truculentos. A los pinceles, Jacques-Louis David y su cuadro *La muerte de Marat*, Frida Kahlo con *Unos cuantos piquetitos* o Turner con *El barco de esclavos,* por no mencionar la



* Benito Pérez Galdós, *El crimen de la calle Fuencarral*. Madrid: Lengua de trapo, 2002.





propaganda católica, que no hizo sino recrear hasta la saciedad El Asesinato por antonomasia y los martirios de los santos, que no eran otra cosa que torturas (amputaciones, decapitaciones, quemaduras, desollamientos...) y muertes de pobres inocentes. En el plano musical, además de haberse escrito canciones sobre asesinos en serie y asesinos en general, tenemos el género del narcocorrido y la *murder ballad,* sin olvidarnos de la escalofriante *Strange Fruit* que cantaba Billie Holliday.

—

Estoy seguro de que a cualquiera le gusta un buen crimen, siempre que no sea la víctima.

Alfred Hitchcock

—

Además del atractivo *superfluo* —nos gusta el argumento de gente que hace cosas inmorales movida por bajas pasiones, equivocaciones vitales o instintos primitivos—, existen interrogantes universales —¿dónde está la barrera entre el bien y el mal?, ¿qué conduce a algunos individuos a cometer actos inmorales?, ¿la persona es buena o mala por naturaleza?— que provocaron que la contemplación de este género se realizara de una forma más analítica y crítica.

El *true crime* nos puede ayudar a ser mejores personas

No es solo morbo y búsqueda de placer en el sufrimiento ajeno. Con el *true crime* aprendemos: nos acerca a la naturaleza humana, a sus miserias y sus logros. Nos enseña cómo se desarrolla un suceso, quiénes son las personas implicadas y de qué manera se llega a la resolución final del caso cuando la justicia ejerce como tal o brilla por su ausencia. Nos explica los procesos y nos enfrenta a nuestros miedos. A través de ellos *vivimos* situaciones en las que no nos gustaría estar, pero sin correr ningún peligro. Sentimos la adrenalina correr por nuestra sangre y el placer subsiguiente, con la tranquilidad de sabernos a salvo. Aprendemos a sobrevivir a través de la experiencia de otros: ¿Qué haría yo de verme en esta situación? Y nos invita a sondar nuestro lado perverso: ¿Sería yo capaz de hacer algo así? Estas experiencias pueden constituir importantes lecciones de vida, está bien identificar El Mal para defendernos de él.

No quiero ser una víctima, le tengo mucho aprecio a mi vida y a la de mis seres queridos. Ya no abro la puerta de casa sin preguntar antes: «¿Quién es?». Y he aprendido que a veces debo seguir el consejo de mi intuición y cambiar de acera, que es mejor no cruzar la mirada con alguien que me da mala espina o que está bien tomar por costumbre enviar un mensaje preguntando: «Chicas, ¿habéis llegado ya a casa?» cuando se vuelve sola de noche.

Aprendemos de nuestra sociedad y de los seres que la habitan, y lo justo sería aprovechar todo este sufrimiento que contemplamos desde la tranquilidad de nuestros hogares para hacer de ella algo mejor para todos.

Los motivos del Mal

El caso Gisèle Pelicot. La cedí porque era mía.

Hace poco vivimos con consternación el caso de esta mujer francesa cuyo marido, un tipo *normal, amable, cariñoso y buen padre,* cedía su mujer a otros hombres para que la violaran. Durante una década puso drogas en su comida y en su bebida para anular su voluntad y poder invitar a otros, unos cincuenta, a que abusaran de su cuerpo dormido.

Esta *Bella Durmiente* no se habría enterado de nada si la policía no hubiera detenido a su marido después de sorprenderle intentando grabar a varias mujeres por debajo de la falda. Al registrar su domicilio y requisar sus dispositivos electrónicos, encontraron cientos de grabaciones en las que aparecía Gisèle, visiblemente dormida, con muchos hombres que usaban su cuerpo para satisfacerse sexualmente.

El horror, el espanto, la consternación. Unos hombres «aparentemente normales», respetables ciudadanos, trabajadores y padres de familia abusando de una pobre e indefensa mujer de mediana edad.

¿Por qué suceden estas cosas? ¿Qué lleva a un hombre «respetable» a actuar de esta forma? ¿Cómo pudieron participar los otros en semejante abominación?



Yo soy yo y mi circunstancia



Cualquier persona puede llegar a actuar de manera inmoral. Cualquier persona puede hacer El Mal de manera deliberada. Y con esto nos referimos a actuar de forma puramente egoísta causando daño físico o psicológico a otras personas o seres sintientes.

Las personas no nacen buenas o malas. Al margen de padecer una alteración provocada por una enfermedad mental (por ejemplo, alguien que padece esquizofrenia y acuchille a otro por mandato de «las voces» de su cabeza) o por un trastorno de la personalidad (un psicópata que no empatice con el sufrimiento ajeno), y aunque hay factores que irán marcando la condición y la moralidad del individuo, todas y cada una de nosotras, personas de bien, podemos llegar a actuar de manera indebida. En nuestro interior hay un remanente de maldad, vestigio de los tiempos en que el asesinato, la violación y el canibalismo eran sinónimos de supervivencia. Es inherente al ser humano, a nuestra evolución. Pero gracias a la conformación de sociedades, nuestros antepasados descubrieron el valor de la solidaridad y el cuidado de los demás: como grupo sólido de individuos que se apoyaban, eran más fuertes, de ahí que con el tiempo se elaboraran leyes y cartas de derechos fundamentales a fin de garantizar la seguridad y el buen entendimiento entre los ciudadanos. Desde entonces, aunque siempre ha habido díscolos y malhechores, la mayoría actuamos según las reglas y nos espanta que otros no lo hagan. Así pues, el que no está de acuerdo queda fuera de la sociedad, es un «marginado moral» al que se puede castigar.

A mí, cautivada desde niña por los asesinos en serie y la gente perversa, fascinada por esas historias imposibles y esos sucesos horripilantes, llegaron a obsesionarme con el tiempo y el cargo de conciencia los porqués. Tanto sufrimiento, tanto dolor y tanta muerte debían tener alguna explicación. Tiene que haber motivos, más allá de los personales expuestos en cada caso, que lleven a una persona a actuar de esa forma. ¿Cuáles son? ¿Dónde se enciende esa mecha? ¿Por qué hay gente que llega a cometer actos tan crueles y viles? ¿No tienen sentimientos? ¿No conocen los límites? ¿Cuáles son las causas del Mal?

La línea que separa el Bien del Mal es tremendamente fina. Para hacer el mal, primero tienes que saber que lo estás haciendo. Tienes que ser consciente y responsable de tus actos, por eso los niños,



las personas con discapacidad y algunos enfermos mentales quedan exonerados de culpa. Debes actuar con plenitud de conciencia, de forma deliberada.

Debes elegir actuar de una manera concreta en la que sabes que habrá consecuencias negativas para otros.

Serás tú, un exitoso y prometedor abogado, quien como individuo libre envíe a toda la agenda del despacho el vídeo en el que esa compañera se acaricia los pechos desnudos, hundiendo su carrera profesional. O tú, respetable y abnegada madre, la que descargue siete balas en la espalda del violador y asesino de tu hija de siete años durante su juicio. Puedes pasar a cuchillo a los cinco niños que vivían al lado de tu casa, vecinos con los que solías compartir el día a día, porque desde hace poco se los considera «cucarachas». Estás esperando tu «turno» con la chica que tus amigos y tú habéis drogado. Disparas desde lo alto de un edificio a una chica de quince años que ha salido con su hermano pequeño a comprar algo al supermercado. Maltratas sádicamente a los cerdos de la granja intensiva en la que trabajas. O, simplemente, pasas de largo al ver que están pegando una paliza a un *sintecho* porque no es asunto tuyo.

El Mal puede estar en nosotros. Somos nosotros los que actuamos. Sin embargo, es posible trasladar el foco de atención desde el individuo hasta su entorno. Somos seres sociales y muy influenciables. No somos perfectos, erramos, no siempre acertamos en nuestras decisiones y podemos obrar mal por vernos arrastrados por las *circunstancias*. Me gusta visualizar las *circunstancias* como la típica escena de supermercado de película apocalíptica, ya sea por invasión zombi o desastre medioambiental: ¿¿quién no perdería ahí los papeles?? Hombres trajeados con los ojos desorbitados dando codazos en la cara a niñas pequeñas para hacerse con la última botella de agua, policías matando a tiros a abuelitas desarmadas, señoras golpeando a otras señoras con latas de albóndigas en tomate... Solo el protagonista, de solidaridad y moral intachables, actúa civilizadamente en una hecatombe.

Las *circunstancias* pueden llegar a gobernarnos: una venganza cegadora, una secta que te ha sorbido el entendimiento, una ideología, un grupo de amigos en el que quieres continuar, un amor incondicional, ansias de poder, darle de comer a tu prole... Las *circunstancias* también pueden tomar cuerpo de elite, de un grupo totalitario, militar, religioso o industrial que lleve las riendas. Pensemos en los conflictos bélicos, cuando gente *normal* mata de manera indiscriminada bajo la presión de un Gobierno o un dirigente político. Se crea la ilusión del *enemigo* al que no es que se pueda, sino que se debe vejar, torturar y aniquilar. Lo hicieron la Iglesia católica cuando flaqueaban sus fuerzas y puso la atención en las brujas, unificando a los fieles frente a un enemigo común; el gobierno de Pinochet con los pensadores de izquierda; los dirigentes hutus conduciendo a pacíficos ciudadanos a torturar y masacrar a sus vecinos tutsis; la Alemania de Hitler con el pueblo de Israel, el Gobierno de Israel con el pueblo palestino...

Tener un *enemigo común,* al que cosificar y cargar de etiquetas deshumanizadoras, hace piña. El *sentido de pertenencia* al que llegan los miembros de una agrupación neonazi, por ejemplo, es muy fuerte: el individuo se desdibuja, la razón y las decisiones conscientes y personales desaparecen. De ahí que los comportamientos y acciones inmorales puedan verse afectados por factores situacionales. La sociedad, el ambiente, la religión, la ideología, la cultura *me obligaron a hacerlo*.

Los malhechores

¿Nacemos buenos o malos? La maldad es inherente al ser humano, la violencia, la violación y la muerte, también. El Mal nos ayudó a evolucionar, pero la colectividad, la compasión y la empatía nos hicieron crecer como sociedad. El amor nos volvió personas, el Bien también está en nuestro interior.

Hemos visto de qué manera una situación, las *circunstancias,* nos conduce a veces por caminos equivocados. Por el contrario, si centramos la vista en el individuo y lo analizamos detenidamente, descubrimos que hay otros motivos que pueden llevarle a obrar de forma maléfica: la ira, los celos, el miedo, la lujuria o el mismísimo Satán.

Los condicionantes biológicos del individuo y su personalidad serán también relevantes a la hora de tomar decisiones. Como sabemos, hay distintos tipos de inteligencia: quien esté más dotado para la inteligencia emocional, se comportará de manera distinta del que goce de mayor inteligencia matemática o corporal cinestésica. Hay personas con tendencia a actuar instintivamente, otras reflexionan antes de entrar en acción. Y luego está el bagaje, la mochila personal. Hay quien se empapó de violencia y agresividad porque era lo que se respiraba en su ambiente, hay quien sufrió malos tratos y abusos desde niño y lo interiorizó, hay quien se sintió solo y abandonado, quien tuvo una educación estructurada y Montessori y a quien le pegaban palizas en el baño del



colegio. Cada experiencia vital es única y cada palo aguanta su vela.

A lo largo de la historia, el sadismo y la violencia han brotado también de manera espontánea en el seno de grupos de personas poco empáticas como una forma de diversión con la que combatir el aburrimiento. Surge entre *personas normales,* como en el experimento de la Universidad de Stanford*, llevado a cabo en los años 70, donde se simuló una cárcel con estudiantes y se comprobó cómo unos aprendieron a ser sádicos carceleros y otros prisioneros anulados por indefensión aprendida. De nuevo, las *circunstancias* los gobernaron. Muchos de ellos *se dejaron llevar* por la sensación de poder que los dominaba.

En el caso de Gisèle, esos hombres sintieron la fuerza de la camaradería en un chat, dieron rienda suelta a sus instintos más primitivos y violadores. Ella, totalmente cosificada, no les importaba porque entre todos explotaron la fantasía de abusar de una mujer inconsciente. Y esto pasa todos los días: uno que toma un arma y mata a otras personas que cruzaban la calle porque lo dijo un dirigente religioso; chicas que patean en grupo a una compañera de clase porque no les gusta su personalidad; ciudadanos que no socorren a una mujer que es atacada en la vía pública por temor a inmiscuirse en algo que no les atañe... Son *maldades absurdas* cometidas por gente banal y sin sustancia. No son monstruos quienes las cometen, simplemente ciudadanos normales que no se paran a pensar en las consecuencias de lo que hacen.

> Lo más grave, en el caso de Eichmann, era precisamente que hubo muchos hombres como él, y que estos hombres no fueron pervertidos ni sádicos, sino que fueron, y siguen siendo, terrible y terroríficamente normales.
>
> Hanna Arendt**

Pero hay personas inquietas, inconformistas, que van más allá de lo que les cuentan. Personas íntegras y capaces de desarrollar un pensamiento crítico. Esto es muy importante para huir de esa *banalidad del mal*. No necesitamos pertenecer a un grupo para estar seguros, podemos pensar de manera independiente. Debemos ser responsables y actuar en consecuencia no solo ante nosotros mismos, sino ante los demás, e interceder incluso por quienes son víctimas de actos injustos. Nuestras acciones, buenas o malas, van a depender de nuestra biología, nuestra personalidad y nuestra *hecatombe zombi* particular, pero debemos poner mucha fuerza de voluntad y mucha razón en la ecuación para ser consecuentes, nobles y sí, hacer el Bien y no el Mal. No nos gusta Poncio Pilato.

Cuando me planteé este proyecto, sentí la necesidad de ir un poco más allá de la recopilación de casos sórdidos y de la elaboración de un mero *catálogo de malos*. Es cierto que los villanos, cuanto más rematadamente malos, mejor, pero no

* Philip Zimbardo, *El efecto Lucifer: el porqué de la maldad*. Barcelona: Paidós, 2007.

** Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal* (traducción de Carlos Ribalta). Barcelona: Lumen, 1999.

deberíamos quedarnos en una redacción del suceso sin más. Ante la violencia hay que parar. Hay que reflexionar, ser fuerte y resistir la tentación de tomársela como un mero espectáculo. Hay que posicionarse del lado de los más débiles y empoderar a las víctimas, no señalarlas. Hay que educar a los hijos e hijas. No ayuda la tendencia del sistema al individualismo galopante, la desigualdad, el materialismo y la egolatría, pero la sociedad la conformamos nosotros, ¡vayamos a contracorriente! Si lo que pretendemos es configurar una sociedad más equilibrada y justa, es moralmente inaceptable mirar hacia otro lado ante el dolor, el daño y el sufrimiento. En nuestra mano está enfrentarlos y erradicarlos.

